

RETOS DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA CONTEMPORÁNEA

Joaquín González-Miranda
Fundación ARA

RETOS DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA CONTEMPORÁNEA

Joaquín González-Miranda, arquitecto.
Secretario del Patronato de la Fundación Ara.

Pamplona, 24 de septiembre de 2025

Tiempo de lectura aproximado: 57'
(Audio generado mediante TalkBack utilizando el motor de Servicios de voz de Google en Android)

1. EL ARTE RELIGIOSO

«¡Qué terrible es este lugar! Es la propia casa de Dios, esta es la puerta del cielo» (Gen 28,17). El templo cristiano no es un edificio cualquiera; la iglesia es la Casa de Dios, lugar santo, por ser su morada entre los hombres. A pesar de la distancia infinita que media entre Dios y el hombre, Él ha querido «habitar entre nosotros» (Jn 1,14). Por eso, si el reto para un artista se cifra en contribuir a hacer un mundo más bello, para los que trabajamos en la arquitectura religiosa ese reto adquiere una dimensión de otra escala, pues se trata, nada menos, que construir la morada de Dios. El rey David manifestó al profeta Natán su deseo de edificar una casa para el Señor y «aquella noche vino la palabra del Señor a Natán, diciendo: Ve y di a mi siervo David que así ha dicho el Señor: "¿Me edificarás tú una casa en la que yo habite?... el Señor te hará casa a ti... tu casa y tu reino serán firmes para siempre delante de Mí"» (2 Samuel 7, 1-16). Construir la casa del Señor *tiene premio.* Dios lo recompensa de un modo especial.

Dante afirma que todo el universo no es sino una huella de la divina Bondad.[1] Y también de su Belleza, como se refleja en los versos iniciales de la Divina Comedia:[2]

> Era el tiempo primero matutino
> y se elevaba el sol con las estrellas
> que estuvieron con él cuando el divino
> amor movía aquellas cosas bellas.

La hora de la aurora para la cultura es la de la Creación: la naturaleza muda es transformada en Palabra, la materia bruta queda impregnada de espíritu, la opacidad se convierte en luz... Para que nuestra mirada libere toda la Belleza escondida en todos los seres, necesita antes ser bañada de luz, en Aquel cuya mirada derrama la Belleza.[3]

La creación artística es, de algún modo, una participación en la obra del Creador. Y alcanza su culmen en el arte sacro, cuya misión es alabar a Dios y reflejar su Belleza y su amor a cada uno de los hombres. «El arte sacro verdadero lleva al hombre a la adoración, a la oración y al amor de Dios Creador y Salvador, Santo y Santificador».[4] El arte es capaz de expresar y hacer visible la necesidad del hombre de ir más allá de lo que se ve, manifiesta la sed y la búsqueda de lo infinito.[5] Por eso es razonable que, en ese esfuerzo humano por alcanzar la trascendencia de la divinidad, nos encontremos con un chispazo de la infinita Belleza que es el mismo Dios,[6] cuya mirada derrama la Belleza. Es, por tanto, necesario *buscar* el encuentro con Dios para recibir la luz que nos permite culminar nuestra creación artística. La luz no es nuestra: es siempre reflejada. La inspiración siempre viene de arriba. En el hallazgo de la Belleza no hay razonamiento sino visión.

Es muy interesante la anotación de Igor Strawinsky sobre el proceso creativo: «No pienso negar a la inspiración el papel eminente que se le otorga en la génesis que estudiamos [el proceso creador]… pero la facultad de crear nunca se nos da sola. Va acompañada del don de la observación. Se conoce el verdadero creador en que encuentra siempre en derredor, en las cosas más comunes y humildes, elementos dignos de ser notados. No le es necesario un paisaje bonito; no le es preciso tampoco rodearse de objetos raros y preciosos. No tiene necesidad de correr a la búsqueda del descubrimiento, porque lo tiene siempre al alcance de la mano. Le bastará echar una mirada alrededor. Lo conocido, lo que está en todas partes es lo que solicita su atención. El menor accidente lo retiene y dirige su operación. Si un dedo resbala lo notará, y oportunamente sacará provecho de este imprevisto que le ha sido revelado por una falla. Pero el accidente no se crea: se lo observa para inspirarse. Es, quizá, la única cosa que nos inspira. Un compositor preludia de igual modo que un animal hurga. Uno y otro hurgan porque ambos ceden a la necesidad de buscar… Buscar no es dar vueltas en un círculo sin fin; es elevarse en una espiral, con tal de que hayamos hecho un esfuerzo primero, un ejercicio de rutina, incluso».[7]

La fe ayuda, pero no es garantía de éxito. *«Spiritus ubi vult spirat»*, el Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8). Desde fuera de la fe, el artista puede crear obras de gran belleza, que manifiesten la creatividad del espíritu humano; pero esto resulta insuficiente para el arte sacro, porque únicamente se puede reflejar el Misterio de Dios si previamente hemos tratado de acceder a Él. Un ejemplo significativo es la capilla de Notre-Dame-du-Haut, en Ronchamp, diseñada por Le Corbusier, una de las obras más famosas de la arquitectura religiosa del siglo XX. Resulta conocido que su autor era un protestante que se definía como agnóstico y que opuso mucha resistencia a aceptar ese encargo, porque no quería colaborar con la Iglesia católica; sin embargo, crea un espacio inefable que sobrecoge al que lo contempla. Ronchamp refleja la exquisita sensibilidad espiritual de Le Corbusier, pero no es un espacio santo que nos remite al Misterio de Dios: es un espacio en el que el claroscuro de la luz, las formas e inclinación de los muros producen una sensación de misticismo, que interpela a la naturaleza espiritual del hombre sin conducirla a Dios; es una espiritualidad abstracta. Ese es el problema que vemos en muchas iglesias contemporáneas donde la espiritualidad está desligada de la fe cristiana. Lamentablemente, en otras, la espiritualidad brilla por su ausencia.

El templo cristiano es lugar de oración; lo afirma Jesús en el Templo de Jerusalén: «Escrito está: mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Lc 19,46). Es lugar de oración porque la presencia de Dios allí invita y hace posible que nos dirijamos a Él. Para eso se requiere un espacio espiritual, que refleje la fe cristiana y nos eleve al ámbito sobrenatural. A la vez, este espacio es ámbito sagrado que acoge las celebraciones litúrgicas. Esas ceremonias nos asocian a la Liturgia celestial, porque sólo hay una Liturgia: el cielo y la tierra se unen en una única alabanza a Dios, cuyo centro es el sacrificio redentor de Jesucristo. «En la Liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios».[8]

La dimensión "vertical" o sagrada, que establece la relación entre el cielo y la tierra, indica la presencia de Dios entre nosotros, manifiesta el carácter sagrado del templo y conduce a la elevación del espíritu. La dimensión vertical del espacio debe expresar algo más que una espiritualidad abstracta. La condición de signo sagrado es un requisito necesario para el templo cristiano. El espacio sacro debe ser «signo y símbolo de las realidades celestiales».[9] Y para que el templo sea un signo sagrado se requiere también en su configuración la presencia de signos sagrados.

La iconografía resulta un componente esencial del templo cristiano: una iconografía que contribuye a elevarnos desde el mundo sensible a las realidades celestiales de nuestra fe, de acuerdo con la dinámica que introduce la Encarnación del Verbo: «Para que, conociendo a Dios visiblemente, Él nos lleve al amor de lo invisible».[10] Joseph Ratzinger explica: «La Encarnación significa, ante todo, que Dios, el

invisible, entra en el espacio de lo visible, para que nosotros, que estamos atados a lo material, podamos conocerle… En Él [en Jesucristo] Dios puso su rostro al descubierto… La ausencia total de imágenes no es compatible con la fe en la Encarnación de Dios. Dios en su actuación histórica, ha entrado en nuestro mundo sensible para que el mundo se haga transparente hacia Él. Las imágenes de lo bello en las que se hace visible el misterio de Dios invisible forman parte del culto cristiano…La iconoclastia no es una opción cristiana».[11]

Jesucristo «es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda creación» (Col. 1,15). Esto significa, además, que nuestra relación con Dios no es la relación con un Ser abstracto, sino con una Persona viva. «La fe cristiana no es un sistema de ideas o ético, es ante todo encuentro con Jesús, una persona que da a la vida un nuevo horizonte».[12] Incluso se podría añadir que el mensaje de la Iglesia engarza con el arte y lo necesita; porque «Cristo Jesús, visibilidad de la belleza de Dios, ha transparentado el esplendor de la divinidad en la experiencia sensible de su humanidad»[13] y el Papa Francisco señala: «la figura de Jesucristo es el espejo en el que el creyente descubre su propia imagen realizada».[14] La imagen de Jesucristo es el centro de la iconografía cristiana.

El arte sacro no sólo nos transmite la Belleza de Dios, también es un camino para encontrarle: la *via pulchritudinis*. «La belleza es conocimiento, ciertamente, una forma superior de conocimiento, puesto que toca al hombre con toda la profundidad de la verdad».[15] A través de la intuición artística se hace perceptible -más aún: fascinante- el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios; nos ayuda a penetrar en ese ámbito trascendente con su halo de misterio.[16] San Felipe Neri consideraba las artes como poderosos instrumentos de evangelización y elevación espiritual, que atraían tanto al corazón como a la mente, y por tanto un camino hacia Dios. Urs von Balthasar señala que el abandono progresivo de la perspectiva del *pulchrum* ha empobrecido al pensamiento cristiano.[17] El arte ilumina la fe; la síntesis del arte y la fe nos encamina a la Belleza inmutable. Paul Claudel encuentra en las catedrales «la huella de esa *conversación* entre Dios y los hombres». Y Benedicto XVI, escuchando a Bach, exclama que la belleza expresa irresistiblemente la presencia de la verdad de Dios.[18] Por eso afirma que los cristianos deben hacer de su Iglesia hogar de la belleza –y, por lo tanto, de la verdad-, sin la cual el mundo no sería otra cosa que la antesala del infierno.[19]

Así como la Iglesia necesita a los artistas, Juan Pablo II indica que «el arte -y los artistas, añado yo- tiene necesidad de una profunda motivación religiosa, para plantearse las más importantes preguntas personales y buscar las respuestas existenciales definitivas… La gran inspiración del artista puede venir de esa especie de patria del alma que es la religión».[20] La búsqueda de Dios nos ayuda a trascender, abre la puerta a una Verdad que se sitúa en un orden superior al de la naturaleza humana.

Benedicto XVI analiza el deseo de trascendencia que se encuentra en el arte: «es como una puerta abierta hacia el infinito, hacia una belleza y una verdad que van más allá de lo cotidiano. Y una obra de arte puede abrir los ojos de la mente y del corazón, empujándonos hacia lo alto».21 El arte toca la sensibilidad espiritual de la persona hasta conseguir emocionarla. También tiene el poder de evocar: el recuerdo interpela la inteligencia y la memoria, de modo que surge en la imaginación un proceso creativo que inspira y genera nuevas ideas y significados.

Desde sus comienzos el arte cristiano ha utilizado alegorías cristológicas e imágenes simbólicas, porque el carácter trascendente y sobrenatural del mensaje necesita apoyarse en el lenguaje analógico y en comparaciones que facilitan la intuición profunda de los misterios de nuestra fe. Esos misterios sobrepasan el conocimiento racional, que resulta insuficiente para explicarlos. Así vemos las imágenes del Buen Pastor, que simbolizan al *Logos,* el Hijo de Dios que se hace hombre y carga sobre sus hombros a

la oveja perdida (la naturaleza humana) para llevarla de vuelta a casa; el pez, que surge de una sutileza léxica, pues la palabra griega ICHTHYS es el acrónimo de las palabras griegas "Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador"; Abraham sacrificando a Isaac, alude al sacrificio de Jesucristo, el Hijo único; los tres ángeles bajo la encina de Mambré, una teofanía que alude a la Eucaristía; el Arca de Noé y el paso del Mar Rojo, símbolos de la Iglesia y del Bautismo; Jonás y la ballena; Daniel en el foso de los leones; los tres jóvenes en el horno encendido de Babilonia; Pedro caminando sobre las aguas; figuras como la Orante, que representa el alma que ha entrado en la gloria celestial y está de pie, orando en la presencia de Dios; el Filósofo, que nos muestra dónde está la verdadera sabiduría; la paloma, símbolo del Espíritu Santo; el ciervo, que desea beber en las fuentes del agua viva; el árbol del Paraíso; el sol, la luna y las estrellas... Hay que destacar el Pantocrátor, imagen gloriosa del *Logos*, el Señor del mundo, que nos introduce en la liturgia celestial; el Cordero sobre el Libro de los siete sellos, o rodeado de querubines y serafines; imágenes de la Pasión y de los misterios de la vida de Cristo, de la Virgen y de los santos; los cuatro seres vivientes del Apocalipsis: el buey, el león, el hombre y el águila (Ap. 4,7-8), etcétera. En las representaciones del arte sacro encontramos numerosos detalles simbólicos cuyo significado va más allá de su dimensión material. Los símbolos ayudan a explicar la fe cristiana.

«Los signos visibles que usa la Iglesia han sido escogidos para significar realidades divinas invisibles»;[22] nos ayudan a comprender aspectos de las realidades sobrenaturales. Y el Catecismo de la Iglesia Católica añade «en esta "casa de Dios", [refiriéndose a los templos cristianos] la verdad y la armonía de los signos que la constituyen deben manifestar a Cristo, que está presente y actúa en este lugar».[23] En la cultura actual resulta desconocido para muchos el profundo significado que aportan los símbolos del arte sacro, y se hace necesario volver a explicarlos para recuperar la tradición figurativa de la Iglesia. Desconocer el valor simbólico del arte sacro es una carencia que nos impide comprender la hondura del mensaje que transmite el arte cristiano. El simbolismo nos introduce en la dimensión espiritual, y todo el lenguaje sacramental se ampara en signos, gestos y actitudes que nos ayudan a comprender la inefable actuación de Dios.

2. CUESTIONES PREVIAS

El arte sacro es el mensajero más bello de la fe; pretende dar culto a Dios. Pero está hecho por el hombre, con todas las implicaciones y limitaciones que acarrea. En nuestro afán por desarrollar el espíritu humano estamos siempre en un proceso de cambio. De modo particular, el artista nunca se conforma con los logros adquiridos y busca retos nuevos, formas diferentes de expresarse. El arte no es ajeno a ese continuo proceso de cambio, en el que, lógicamente, se jalonan momentos brillantes y otros menos claros. Se podría afirmar que cada obra de arte es expresión de su época y que nunca se alcanza una obra de arte definitiva. El arte religioso ha realizado a lo largo de veinte siglos obras maravillosas. Incluso «algunos sostienen que todo lo que podría expresarse ya se ha expresado en el arte cristiano clásico; pero, verdaderamente, aún queda mucho espacio para la investigación y la creatividad; y está escrito en la naturaleza del hombre que este espacio también estará ahí en el futuro».[24] Por eso, ahora nos compete a nosotros desplegar las obras de arte religioso que corresponden al espíritu y a la mentalidad de nuestro tiempo, con el lenguaje del siglo XXI, tal como otros lo hicieron en épocas anteriores.

El Concilio Vaticano II (1962-1965) confirma lo que acabamos de señalar: «La Iglesia nunca consideró como propio ningún estilo artístico, sino que, acomodándose al carácter y condiciones de los pueblos y a las necesidades de los diversos ritos, aceptó las formas de cada tiempo, creando en el curso de los siglos un tesoro artístico digno de ser conservado cuidadosamente».[25] La Iglesia solamente exige que «las cosas destinadas al culto sagrado sean dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales».[26] Tampoco exige una forma determinada para los templos, aunque se ha considerado que la planta cruciforme aporta un importante simbolismo sobre la vida cristiana. «En Cristo, el Padre realiza esta maravilla…: nosotros nos convertimos en su morada, tomando forma del Cuerpo de su Hijo. Esta configuración está visiblemente significada en las iglesias cruciformes: cuando el pueblo de Dios se reúne allí, toma la forma de Cristo crucificado vencedor de la muerte».[27]

Resulta muy atractivo para un arquitecto afrontar un proyecto en el que puede desarrollar su creatividad; pero un templo es mucho más que un espacio "original", un "proyecto de autor" que genera más admiración que invitación a la piedad, y termina convirtiéndose en un monumento a sí mismo,[28] en una belleza sin demasiado sentido. Benedicto XVI apunta que «el arte no puede convertirse en una experimentación con los mundos creados por el propio sujeto, en una creatividad vacía, que ya no percibe al *Creator Spíritus,* al Espíritu Creador. Intenta ocupar su lugar propio y, con ello, lo único que consigue producir son obras arbitrarias y vacías, que solo sirven para recordarle al hombre lo absurdo de su acción creadora».[29] Para la Conferencia Episcopal italiana, proyectar un templo es «reflejar arquitectónicamente el misterio de la Iglesia-Pueblo de Dios, peregrino en la tierra e imagen de la Iglesia en su plenitud».[30] Romano Guardini indica: «Lo esencial en la liturgia es que el alma se acerque un poco más a ese Dios que la creó… Cuando así procedemos, con ese espíritu de rectitud y de elevación, es cuando se nos dará, como premio y añadidura el regalo egregio de la Belleza».[31]

Por eso, para realizar el arte cristiano es necesario implorar la ayuda de Dios: «El ser humano, de ningún modo puede, por sí mismo, "hacer" el culto; si Dios no se da a conocer, no acertará… Si Dios no se manifiesta, el hombre puede, sin duda, en virtud de la noción de Dios inscrita en su interior, construir altares "al Dios desconocido"; puede intentar alcanzarlo mediante el pensamiento, acercarse a Él a tientas; pero la liturgia verdadera presupone que Dios responde y muestra cómo podemos adorarle… No puede brotar de nuestra fantasía o creatividad propias -en ese caso seguiría siendo un grito en la oscuridad o se convertiría en una mera autoafirmación-. Presupone un tú concreto que se nos muestra, un tú que le indica el camino a nuestra existencia».[32]

Evidentemente, hemos de procurar hacer los mejores proyectos posibles, y Benedicto XVI afirmó en Notre Dame de París: «Nada es demasiado bello para Dios, que es la Hermosura infinita».[33] Lo sagrado es *"mysterium tremendum et fascinans"*, como afirma Rudolf Otto; por eso, quien trabaja en el arte sacro debe tener presente que la finalidad de su tarea es mostrar el resplandor de la Gloria del Creador y hacerlo más cercano a nosotros; sin olvidar que la inspiración es un don de Dios. «Al diseñar un interior sagrado, es extremadamente importante ser consciente de que en esencia está destinado a palpitar con la vida de Dios, a ser una invitación a la participación de lo humano en lo divino… En el cristianismo, la expresión artística de la fe se convierte en una contribución a la creatividad en sus múltiples formas. El mensaje bíblico verbal es sustituido por el color, por la línea y la forma espacial».[34]

Pienso que el siguiente texto refleja bien las impresiones que debe transmitir un templo: «Hacia el año 988, según la *Crónica de Néstor*, Vladimiro, príncipe de Kiev, envió legados a diversos pueblos para que comprobaran qué clase de culto religioso rendían a Dios, y ver así cuál de ellos escogería. Los legados fueron a los búlgaros, musulmanes, y volvieron consternados de lo que hacían en las mezquitas. Fueron luego a los germánicos, cristianos latinos, y encontraron que su culto era frío, sin sentimiento. Finalmente, se dirigieron a Constantinopla, donde les recibió el Emperador. Este se alegró, y poniéndose en contacto con el Patriarca le avisó: "Los de Kiev han venido a indagar acerca de nuestra fe. Disponed el templo y a los ministros del Señor y revestíos con vuestras vestiduras sacerdotales para que puedan ver la gloria de nuestro Dios". El Patriarca convocó a los ministros del Señor y, según la costumbre, celebraron un Oficio festivo. Prendieron los incensarios y convinieron con el coro para que entornara los cánticos de la himnodia sagrada. El Emperador entró con los legados en el templo y los situó en un lugar abierto, mostrándoles la belleza del edificio, el canto y el culto que los sacerdotes, diáconos y ministros rendían al Señor; les habló del servicio divino. Los legados quedaron profundamente asombrados y se maravillaron de los divinos Oficios. A su regreso a Kiev, le dijeron a Vladimiro que lo que habían contemplado en Constantinopla no podía expresarse fácilmente en palabras y que, durante la celebración litúrgica, no sabían si se hallaban en la tierra o en el cielo».[35]

Al diseñar un templo hay que conseguir que las ceremonias que allí se celebren puedan desarrollarse con la máxima dignidad. En los años posteriores al Concilio Vaticano II se puso mucho énfasis en que las modificaciones litúrgicas que se habían introducido exigían modificar el diseño de los templos; y en consecuencia en las iglesias de esa época primó el criterio de funcionalidad litúrgica. Pero no parece razonable que el criterio de funcionalidad siga manteniéndose actualmente como prioritario, porque la funcionalidad del espacio celebrativo se debe considerar meramente un requisito básico, similar a que una embarcación deba mantenerse a flote. Lo esencial debe ser el carácter de espacio sacro: que lleve a Dios; es decir, que nos ayude a trascender la cotidianidad y eleve nuestro espíritu en la búsqueda de Dios. La valoración prioritaria de la funcionalidad conduce a un empobrecimiento de la arquitectura sacra, tal como se ha comprobado en los últimos decenios.

El arte sacro también es expresión del pensamiento teológico de cada época; del énfasis que se pone en determinadas cuestiones y de la sensibilidad que manifiesta nuestra sociedad. En la teología actual ese énfasis incide en la consideración de la Iglesia como Pueblo de Dios,[36] situando en primer plano su carácter de «comunidad cultual asociada al sacerdocio de Cristo para dar gloria al Padre y santificar al hombre».[37] De ahí surge la participación activa de los fieles,[38] que debería ser «en lo más profundo *Participatio Dei,* participación en Dios».[39]

Benedicto XVI se refirió al carácter cósmico y universal de la liturgia: «La liturgia histórica del cristianismo es y seguirá siendo cósmica -sin separación ni mezcla- y sólo así ostentará toda su grandeza»;[40] también afirmó: «El verdadero espacio y el verdadero marco de la celebración eucarística es todo el cosmos».[41] Y Rodolfo Papa añade: «El edificio de la Iglesia debe manifestar, a través de su forma y las imágenes que contiene, al mismo Cristo, que está presente y actúa en aquel lugar. Todo el cosmos está representado en el misterio de la creación y de la redención, todo se recapitula en Cristo, Rey del

universo, rodeado de los coros angélicos y de los santos, como podemos ver en muchos templos. Los fieles están llamados a contemplar el cielo que irrumpe en el espacio santo de la Iglesia…
Todo el espacio arquitectónico nos habla de una magnitud paradisiaca. La iglesia así concebida nos introduce en una dimensión celeste, porque de hecho no entramos en el lugar donde nos encontramos con una comunidad, sino directamente en otra dimensión, totalmente espiritual, donde el cielo y la tierra, los fieles, "piedras vivas", entran en comunión con todo el misterio del Cuerpo Místico de Cristo, que es precisamente la Iglesia. Los fieles ven el esplendor de la gloria de Dios a través de la belleza de la obra del ingenio del hombre, que es capaz de representar, por analogía, la belleza de Dios».[42]

Sí, efectivamente, «la liturgia cristiana es un acontecimiento cósmico: la creación reza con nosotros, nosotros rezamos con la creación y de ese modo se abre contemporáneamente el camino para la nueva creación que todas las criaturas esperamos».[43] «La liturgia es un proceso por el que uno se deja introducir en la gran fe y la gran oración de la Iglesia. Por ese motivo, los primeros cristianos rezaban hacia Oriente, hacia el sol naciente, símbolo de Cristo, que vuelve. Con ello querían señalar que el mundo entero está de camino hacia Cristo y que Él abarca este mundo en su totalidad».[44]

«J. A. Jungmann subrayó que "la imagen de la Eucaristía no es un círculo cerrado, sino la procesión abierta hacia delante, en la que la Iglesia sale en comunidad, al encuentro del Señor que viene: el sacerdote va delante, pero camina en la misma dirección de todos los demás"».[45] Mediante la orientación se hacía referencia a la dimensión cósmica de la Eucaristía. El oriente, además de símbolo del sol naciente, también lo era de la Resurrección y de esperanza en la Parusía. Después de publicarse la instrucción *Inter Oecumenici* (1964) se cambió la orientación de los templos y se generalizó la celebración *versus populum,* que responde mejor a la naturaleza convivial de la Eucaristía. Para armonizar ambos criterios puede ser conveniente aplicar -como se hace en numerosos casos- la solución que proponía Ratzinger: «Colocar simplemente en medio del altar la Cruz, hacia la que miran sacerdote y fieles a la vez, dejándose así conducir hacia el Señor, al que rezamos todos unidos».[46]

También «la Liturgia tiene, por naturaleza, carácter de fiesta… La Resurrección de Cristo da verdaderamente la autorización a la alegría que se había buscado en toda la historia de la humanidad y que nadie había podido conceder hasta ahora. Por eso la liturgia cristiana –Eucaristía- es por naturaleza la fiesta de la Resurrección, *Mysterium Paschae*. Como tal, lleva consigo el misterio de la cruz, que es condición previa de la Resurrección… y la alegría que conlleva presupone la entrada en el misterio de la muerte… Es la liberación del mundo y de nuestro yo de la muerte, lo único que nos puede hacer libres para aceptar la verdad y para amarnos en la verdad».[47]

3. EL ESPACIO SACRAMENTAL DE LA CELEBRACIÓN

«Señor, ¿dónde moras?» (Jn 1, 38)

Jean Corbon, en un texto sugerente y denso, afirma que «la iglesia de piedra o de madera donde entramos para participar en la Liturgia eterna es, ciertamente, un espacio de nuestro mundo, pero su novedad consiste en ser un espacio que estalla por la Resurrección. No un espacio platónicamente simbólico de un universo abstracto, sino un espacio realmente habitado por un mundo liberado de la muerte. Es ahí donde celebramos la Liturgia: la Casa del Padre (Jn 14, 2) se nos abre en este espacio

sacramental… El espacio de la iglesia es transfigurado; sus superficies, animadas por los iconos, se abren más allá de sí mismas, hacia el espacio del Reino que viene; sus piedras, donde se anuncian las maravillas del Misterio de Cristo, se convierten en estas piedras vivas de la nueva Jerusalén… El altar es, en efecto, el punto de convergencia de todas las líneas de este espacio. A partir de ahí, el espacio de la iglesia es sacramental… El espacio iconográfico de nuestras iglesias es un espacio abierto al Señor que viene, un espacio en espera y repleto, un espacio portador del mundo y atraído por el Reino, el lugar de la Epíclesis del Espíritu Santo y de la transformación de toda ofrenda en el Cuerpo de Cristo. Es el espacio del Cuerpo de Cristo; somos nosotros quienes nos convertimos en su morada tomando forma del Cuerpo de su Hijo».[48]

La arquitectura sagrada es el espacio donde la Iglesia celebra la Liturgia; por tanto debe ser un instrumento que facilite la celebración de los misterios de nuestra fe. «El espacio no solo acoge el misterio pascual (que constituye el núcleo de la celebración eucarística), también se convierte en el vehículo para que la Resurrección de Cristo pueda regenerar nuestro mundo». [49] La constitución *Sacrosanctum Concilium* considera la Liturgia como «el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo, en el que el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro».[50] Esta acción, que «tiene lugar por el poder del Espíritu Santo, posee una profunda fuerza creadora capaz de atraer a sí a todo hombre y, en cierto modo, a toda la creación».[51]

«La celebración de los santos misterios es, sobre todo, acción de alabanza a la soberana majestad de Dios, Uno y Trino, y expresión querida por Dios mismo. Con ella el hombre, personal y comunitariamente, se presenta ante Él para darle gracias, consciente de que su mismo ser no puede alcanzar su plenitud sin alabarlo y cumplir su voluntad, en la constante búsqueda del Reino que está ya presente, pero que vendrá definitivamente el día de la Parusía del Señor Jesús».[52] La liturgia es obra de Dios. El mismo Dios es quien actúa primero y nosotros, al actuar Él, somos redimidos con su acción. En ese momento intenso, el Señor viene a su Iglesia; el cielo y la tierra se juntan en este lugar. Por tanto, «no es temerario afirmar que en una liturgia totalmente centrada en Dios, en los ritos y en los cantos, se ve una imagen de la eternidad».[53] El Catecismo añade que «la Liturgia es acción del Cristo total *(Cristus totus*); es toda la comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su cabeza quien celebra».[54] Resulta muy conveniente que la Liturgia manifieste Belleza y sentido de Misterio. «La Iglesia evangeliza también con la belleza de la liturgia».[55]

Estos textos pretenden hacernos comprender que el espacio litúrgico manifiesta una riqueza, trascendencia y grandiosidad que apenas podemos atisbar, porque entre el Creador y la criatura media una distancia infinita. Aunque nunca podamos conseguirlo, debemos intentar reflejar el Misterio salvífico que allí se celebra: un Misterio sagrado, porque es Dios quien actúa. De ahí la importancia del simbolismo, que nos ayuda a percibir de algún modo lo que no pueden captar los sentidos. ¿Cómo se puede expresar arquitectónicamente ese espacio del universo nuevo del que habla Corbon?: «Jesucristo es también nuestro Espacio de vida, nuestro «universo nuevo» (Ap 21, 5)… Ahora [con su Resurrección] todo ha cambiado. Es un estallido del espacio, como el del tiempo: no está ya cerrado en sí mismo, está liberado de la muerte, es llenado por Aquel que contiene todo en su mismo Cuerpo. Desde la tumba vacía a las puertas cerradas de la habitación alta, es el mismo misterio del universo nuevo el que comienza a manifestarse: el *no-lugar* de Cristo resucitado se convierte, por su victoria sobre la muerte, en el espacio nuevo de nuestro universo… el espacio de nuestras celebraciones está en condición escatológica: en él, el Reino viene *ya*, pero nos es dado porque el Reino *todavía no* se ha consumado».[56]

¿Cómo se consigue expresar esa sacralidad? Ese es el *quid* de la arquitectura religiosa. ¿Cómo podremos experimentar la presencia de Dios de una manera viva y verdadera? No hay fórmulas para conseguirlo. El espacio sacramental –por ser mediador de la Presencia divina- no puede ser captado más que en la visión de la fe. Se alcanza *algo* cuando, misteriosamente, el hombre entra en comunión con Dios, el *"Artista Divino",* y participa en la belleza del universo, cuya referencia es el *Logos.* Sólo podemos

buscar, mediante la adoración, que la luz del mundo divino penetre en nuestro mundo y nos inunde a nosotros. «Si el Señor no edifica su casa, en vano se afanan los que la construyen» (Sal 127). Ya hemos indicado la opinión de Ratzinger: «El ser humano, de ningún modo puede, por sí mismo, "hacer" el culto; si Dios no se da a conocer, no acertará… La liturgia verdadera presupone que Dios responde y muestra cómo podemos adorarle».[57] Y añade: «El arte siempre es un don. La inspiración no es algo de lo que se pueda disponer, hay que recibirla gratuitamente… Presupone, antes que otra cosa, el don del nuevo modo de ver. Por eso, todos deberíamos estar preocupados de conseguir nuevamente esa fe capaz de contemplar. Allí donde esto ocurre, el arte encuentra también su justa expresión».[58] Debemos intentar contemplar para poder reflejar el amor y la trascendencia de Dios -y a la vez su cercanía-. La interioridad de nuestro trato con Él facilitará que podamos ayudar a rezar -hablar realmente con Dios-.

Al ser "espacio litúrgico", el templo debe cumplir las exigencias funcionales de la celebración litúrgica. La celebración de la Eucaristía será la base para conformar el espacio celebrativo: un espacio sacramental abierto hacia el Cielo y el mundo. A esto hay que añadir las exigencias específicas que requieren los demás sacramentos, sobre todo el Bautismo y la Penitencia.

El Concilio Vaticano II ha reafirmado que la liturgia eucarística tiene dos *lugares* o espacios de la celebración. El primero de ellos es el de la liturgia de la Palabra, el ambón, que es el trono del Evangelio, la Palabra de Dios. La celebración de la Eucaristía propiamente dicha, ocurre en el altar, que es el ara del sacrificio, el punto de referencia de toda la celebración. Además, la presencia de Jesucristo en la Eucaristía -una presencia real de Dios junto a nosotros- convierte en permanente la celebración eucarística y hace posible que podamos asociarnos a la adoración ininterrumpida que le ofrendan la Iglesia y todas las criaturas del cielo y de la tierra.

«Tradicionalmente, la arquitectura cristiana ha distinguido en los templos dos ámbitos espaciales principales, que se corresponden a aquellos que ocupan quiénes han recibido el orden sagrado y los fieles laicos: el presbiterio y la nave. Estos dos ámbitos, simbólicamente diferentes…, no son, con todo, completamente herméticos. Es más: podríamos decir que gran parte de la acción litúrgica depende precisamente del hecho de que ambos ámbitos se comunican. El presbiterio "debe distinguirse adecuadamente de la nave de la iglesia, bien sea por estar más elevado o por su peculiar estructura y ornato" (IGMR 295)».[59] En el presbiterio están situados la mesa del altar, el ambón y la sede del celebrante. Los teólogos indican que Cristo es Sacerdote en el altar, Profeta en el ambón y Rey en la sede. Aunque el presbiterio ocupa un lugar destacado -por ser el lugar del sacrificio-, no se puede infravalorar o descuidar el diseño de la nave, ya que los fieles no son espectadores pasivos de la liturgia; participan activamente como protagonistas de la celebración eucarística ofreciéndose juntamente con Cristo. Las relaciones que se establecen entre el espacio del presbiterio y la nave, así como la ubicación del Tabernáculo, son esenciales para conseguir una correcta funcionalidad litúrgica.

«El altar es el umbral de la trascendencia divina, plasmación del lugar donde se hace efectiva la venida de Dios hacia nosotros y nuestro camino hacia Él».[60] «Mesa sagrada, a la que, además del hombre, concurre la divinidad; el lugar donde se realiza el Misterio… en él se "re-presenta", se actualiza el Sacrificio pascual de Cristo, que redime al mundo, y del cual vive la Iglesia».[61] «El altar significa que el Cuerpo de Cristo ya no está aquí o allá como un lugar mortal, sino que ha resucitado y lo llena todo con su Presencia. Este *no-lugar* para la muerte se convierte en el lugar donde se cumple el sacrificio pascual… Es el lugar de la Copa de la salvación y de la acción de gracias, mesa del banquete de la caridad divina».[62] En consecuencia, «es el centro de la acción litúrgica; hacia él debe converger la atención de toda la asamblea de los fieles» (IGMR. 296, 299). Los altares se ungen con el Crisma, sobre cinco cruces que representan las cinco llagas de Cristo.

La Iglesia ha visto siempre en el altar a Cristo: Sacerdote, Víctima y Altar de su propio sacrificio; por eso en la liturgia el sacerdote besa el altar. Es el ara donde se realiza sacramentalmente el único sacrificio de la Cruz, es la mesa del Señor en torno a la cual se congrega el único Pueblo de Dios; es

también símbolo de los cristianos que, al formar un solo Cuerpo unidos con su Cabeza, son altares espirituales en los que se ofrece a Dios el sacrificio de una vida santa. Por ello es el centro de la acción de gracias eucarística. «En algunas liturgias orientales, el altar es también símbolo del sepulcro (Cristo murió y resucitó verdaderamente)» (CIC 1182).[63]

La Iglesia recomienda que la mesa del altar sea fija, preferentemente de piedra natural (por los simbolismos Cristo-Piedra angular y la piedra del sepulcro), aunque se permiten otros materiales dignos y sólidos (cfr. CIC 1236). Para manifestar su carácter sagrado, considero que lo más apropiado es que el altar contenga algún símbolo sagrado; de ese modo se reafirma su carácter sacro, se diferencia de un objeto escultórico de piedra o madera y se contribuye a la pedagogía de la fe. «Sobre el altar o junto a él debe haber una cruz, con la imagen de Cristo crucificado, de modo que resulte bien visible para el pueblo congregado» (IGMR 308). El Señor es siempre el punto de referencia de la liturgia; y la Cruz es la señal de la victoria del Resucitado. En torno al altar debe existir un espacio amplio, que permita realizar concelebraciones, el rito de la incensación[64] de las ofrendas, la ubicación de los novios en la ceremonia nupcial, etcétera. La amplitud del presbiterio contribuye a la dignidad y a la belleza de las ceremonias litúrgicas.

Trono de la Palabra es el ambón. «En la Liturgia de la Palabra el Señor viene a nosotros, llama a la puerta, toca nuestro corazón y nos invita a volver a Él. La Palabra encarnada llega al corazón de la Iglesia por la acción del Espíritu Santo… Como otros elementos del espacio celebrativo cristiano, tiene su origen en la sinagoga, que estaba caracterizada por dos puntos neurálgicos. Uno de ellos es la "cátedra de Moisés", de la que también el Señor habla en el Evangelio (Mt 23,2). El rabino hace presente la palabra que Dios dirigió y dirige a Israel por medio de Moisés. La cátedra de Moisés es un signo de que el Sinaí no es tan sólo una experiencia del pasado, ya que lo que aquí acontece no es sólo el discurso de un hombre, sino Dios que habla… Si la sinagoga encierra en la urna de la Torá una especie de Arca de la Alianza, este hecho la convierte en un espacio para una especie de "presencia real", puesto que en ella se guardan los rollos de la Torá, la palabra viva de Dios. Por eso, el *escriño* se rodeaba con los símbolos del más profundo respeto, que se corresponden con la misteriosa presencia de Dios: estaba protegido por un velo, delante del cual ardían las siete velas de la *menorá,* el candelabro de siete brazos».[65] La Instrucción General del Misal Romano indica: «La dignidad de la palabra de Dios exige que en la iglesia haya un sitio adecuado para su proclamación, hacia el que, durante la liturgia de la Palabra, se vuelva espontáneamente la atención de los fieles» (IGMR 309). Por eso, en la disposición de cada templo hay que conjugar armónicamente el altar y el ambón.

Con el nombre de *sede* se entiende el asiento reservado para quien preside la celebración litúrgica en nombre de Cristo. La sede se sitúa habitualmente en el fondo del ábside, en lugar visible, ligeramente elevada para poder presidir la Asamblea litúrgica, y debe evitarse el aspecto de trono. (cfr. IGMR 310). «La cátedra es símbolo de autoridad y de magisterio. De hecho, ya desde el siglo II vemos cátedras en las que aparece Cristo sedente, como maestro que enseña a los Apóstoles, sentados alrededor suyo. En la liturgia renovada, la cátedra aparece como símbolo de la autoridad magisterial que posee el obispo en su iglesia particular» (cfr. Ceremonial de Obispos, 42).[66]

El tabernáculo es el lugar del Santísimo, es la tienda donde está presente Él mismo, el trono de Dios que acoge su presencia *(shekiná)* entre nosotros, y por tanto, el lugar más sagrado de la iglesia. «Desde el tabernáculo, la gloria del *Kyrios*, tres veces Santo, acampa en medio de su pueblo como nueva y definitiva Tienda del encuentro, que irradia el poder de su victoria pascual, mientras cumple humilde y escondidamente su promesa: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20)».[67]

Un solo sagrario vale más que todos los tesoros del mundo juntos. Por eso, la Iglesia indica: «El tabernáculo debe estar situado en las iglesias en el lugar más digno y con el máximo honor.[68] La nobleza, la disposición y la seguridad del tabernáculo eucarístico deben favorecer la adoración del Señor realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar». (CIC 1183).

Es conveniente que el tabernáculo se pueda identificar fácilmente al entrar en un templo. Sin embargo, la Iglesia no ha precisado si el tabernáculo debe estar situado en el presbiterio o fuera de él, salvo en el caso de las catedrales, donde se celebran unas ceremonias específicas y el *Ceremonial de Obispos* indica (n.º 49): «Se recomienda que el tabernáculo, según una tradición antiquísima conservada en las iglesias catedrales, se coloque en una capilla separada de la nave central». En las demás iglesias no hay una opinión unánime sobre la ubicación del tabernáculo. Pienso que puede determinarse en función de las dimensiones y utilización del templo: si se necesita una "capilla ferial" para las celebraciones de diario, esa capilla ferial puede ser la "capilla eucarística"; pero si para diario se utiliza el mismo espacio que los días festivos, entonces será conveniente que el sagrario se sitúe en el presbiterio, para reflejar la estrecha relación que se mantiene entre la celebración de la Eucaristía y su Reserva.

«El templo debe tener lugar apropiado para la celebración del Bautismo (baptisterio) y favorecer el recuerdo de las promesas del bautismo (agua bendita)». (CIC 1185) El baptisterio -lugar donde se coloca la pila bautismal- puede ser colocado en una capilla situada en la iglesia o incluso fuera de ella. El agua es el símbolo primordial de la vida; y el agua, penetrada por la energía deificante del Espíritu, "Dador de Vida" es quien da a luz, quien nos hace nacer hijos del Padre: conformados con su Hijo amado, injertados en el Hijo, hijos en el Hijo. Verdaderamente hijos de Dios.

El sacramento de la Penitencia, tras recorrer una extensa trayectoria histórica, también se incorporó al espacio de la iglesia. «La renovación de la vida bautismal exige la penitencia. Por tanto, el templo debe estar preparado para que se pueda expresar el arrepentimiento y la recepción del perdón, lo cual exige asimismo un lugar apropiado» (CIC 1185). Conviene que los confesonarios sean confortables, que estén situados en un lugar visible y con fácil acceso desde la nave. Pueden agruparse en torno a una "capilla penitencial", donde se resalte la misericordia de Dios, que es Padre y perdona siempre.

«El proyecto arquitectónico también debe cuidar la relación con la ciudad y el aspecto exterior del volumen edificado. La vocación comunicativa del edificio litúrgico exige que su aspecto, su inserción en el paisaje urbano o rural y su composición, en especial a través de la verticalidad, hagan de él un objeto significativo».[69] La iglesia es «signo visible del Dios invisible», afirmó Benedicto XVI al dedicar la Sagrada Familia de Barcelona. Es conveniente que el edificio de la iglesia se reconozca visualmente; y comprobamos que a lo largo de la historia hay muchas personas que, sin saber por qué, han sentido el impulso de entrar en una iglesia, para mantener allí una profunda conversación con Dios que ha cambiado el curso de sus vidas. El atrio o *nártex* ejerce la función de ser un espacio de transición entre el mundo exterior y el ámbito sagrado. Una buena solución puede ser colocar en esa zona el baptisterio.

4. LOS RETOS ACTUALES

En lo que venimos señalando se perciben ya los retos más significativos que tiene planteados el arte sacro contemporáneo: conseguir expresar que estamos en un ámbito sagrado que produce fascinación y eleva nuestro espíritu al encuentro personal con Dios. El arte es medio para dar culto a Dios y acercarnos más a Él. En cierto modo, el templo viene a ser un nexo de unión que enlaza la tierra con el cielo. Y el encuentro con lo divino sitúa a la persona en una nueva dimensión: el plano sobrenatural; un ámbito en el que lo importante es la actuación de Dios, que «atrae todo hacia Si» (Jn 12,32). Por eso he afirmado que Ronchamp, a pesar de su maravillosa expresividad, se queda muy lejos de alcanzar esa dimensión que nos induce al encuentro y la contemplación del Dios de nuestra fe.

¿Por qué cuando visitamos iglesias contemporáneas, e incluso cuando vemos obras de arte sacro actuales, no percibimos ese sentido de trascendencia que encontramos en las obras de siglos pasados? Desde el punto de vista arquitectónico, son proyectos brillantes y atractivos, con aportaciones interesantes desde muchos puntos de vista, pero son espacios fríos que producen sensación de soledad; parecen espacios más donde se desarrolla una asamblea protestante que un lugar de oración, donde percibimos la cercanía de la presencia de Dios.[70] La respuesta podría ser que en esas iglesias no se aprecian, al menos de modo evidente y con la fuerza necesaria, los profundos significados que hemos señalado en este escrito, y que podrían resumirse así:

* El templo es Casa de Dios, lugar santo, impregnado por su Presencia.
* Espacio espiritual que refleja el Misterio de Dios, la trascendencia de la divinidad y su infinita Belleza.
* Espacio sacramental, signo sagrado, mediador del universo nuevo, en el que entramos en comunión con Dios, formando parte del Cuerpo Místico de Cristo.
* Manifestación de la fe cristiana, cuyo centro es el sacrificio redentor de Jesucristo en oblación al Padre.
* Lugar de adoración y alabanza a Dios.
* Reflejar la Iglesia-Pueblo de Dios como comunidad que sale al encuentro del Señor que viene, y el carácter cósmico de la liturgia: toda la creación reza con nosotros.
* Vehículo de la fe. La iconografía y el simbolismo nos facilitan el acceso a las realidades celestiales.
* Carácter de fiesta: un espacio que estalla de alegría por la certeza de la Resurrección de Jesucristo, que vence a la muerte y transforma la ofrenda de nosotros mismos en el Cuerpo de Cristo.
* Instrumento adecuado para la celebración de la Liturgia, amparado por la funcionalidad del espacio.

Estas son algunas manifestaciones de la sacralidad y de la riqueza de contenidos espirituales que necesita transmitir el espacio litúrgico. Debe ser trascendente: esa relación del espacio sagrado con el ámbito sobrenatural -*el resplandor de lo divino,* podríamos decir- es lo que se echa en falta. Evidentemente la meta es muy alta, inalcanzable -sólo se realizará plenamente en la Liturgia de la Jerusalén celestial, a la que nos asociamos aquí en la tierra-. Aun así, el objetivo de nuestros proyectos debe ser acercarnos todo lo posible a expresar esas realidades, para conseguir que los proyectos de nuestra época causen la misma sensación que percibieron los Legados de Vladimiro en Constantinopla. Me gustaría analizar algunos elementos que han conducido a esta situación.

En nuestra época se han logrado avances increíbles en multitud de campos, mientras el arte religioso quedaba relegado y en *stand-by*. Incluso se puede afirmar que la sociedad está secularizada y que en muchos ambientes Dios ha quedado marginado de la cultura contemporánea. Durante algunos siglos los edificios más relevantes que se construyeron fueron las iglesias y catedrales, monumentos que fueron el fruto de un largo esfuerzo colectivo de toda la sociedad y que hoy seguimos admirando; las grandes construcciones de hoy son bancos, estadios, palacios, residencias de artistas y millonarios, etc. Es evidente que el interés se centra en otro tipo de edificaciones. Por fortuna, esa conciencia mayoritaria resulta compatible con el pluralismo de otros planteamientos divergentes; y por otra parte, la dimensión

de una obra de arte o su coste no determinan su calidad. La falta de recursos económicos se puede subsanar también con la solución utilizada por la Fundación Ara: realizando proyectos virtuales.

Parece necesario analizar las cuestiones que se han planteado en el arte durante el trascurso de las últimas décadas. ¿Qué ha pasado y por qué? Aunque aquí es imposible reseñar todo, conviene destacar que en el comienzo del siglo XX se produjo un cambio muy profundo, tanto a nivel filosófico como estético, sobre el ideal de belleza que inspira el quehacer artístico. Hasta ese momento la filosofía del arte reconocía la identidad objetiva del ser –la obra de arte es bella objetivamente en sí misma-[71] y la existencia de una realidad material, cuya belleza captamos a través de los sentidos. La Belleza estaba ligada al Ser supremo, que es Dios. El arte representaba la esencia general de las cosas; su objeto era la representación imitativa de la naturaleza y se concedía una especial atención a la belleza del cuerpo humano. Y ha sido precisamente ese fundamento filosófico el que algunos han puesto en duda.

Platón y Aristóteles consideraban la Belleza como algo objetivo ligado a la Bondad del ser. Siglos después, Tomás de Aquino desarrolló el concepto aristotélico de Belleza afirmando: *"pulchrum est quod visum placet":* bello es todo aquello que nos proporciona gozo, por el solo hecho de ser contemplado, podríamos añadir. Esta definición la han continuado aceptando casi todos hasta el momento actual. Ibañez Langlois la explica con más detalle: «La belleza del arte añade un incremento de verdad..., pues una fuerza incoercible de la mente y del corazón nos inclina a gozar, en la naturaleza y en el arte, de la *suprarrealidad* de todo cuanto llamamos bello».[72] Esa suprarrealidad le permite a Tarkovski afirmar que «el arte es la encarnación del Infinito en un objeto finito».

El arte se había inspirado durante siglos en la *mímesis* de la representación de la naturaleza y de la realidad. Sin embargo, en el siglo XX aparecen los planteamientos subjetivistas y los particularismos que distorsionan los términos del fenómeno estético, pretendiendo modificar el concepto clásico de arte. Se produce una profunda desconexión entre arte y estética, y se llega a afirmar que «algo puede ser buen arte sin ser bello». Coincido con Danto cuando señala que «la aniquilación de la belleza nos dejaría en un mundo insoportable donde sería imposible vivir una vida humana plena».[73] Las vanguardias se preguntan: ¿Es el arte una realidad objetiva o subjetiva? Marcel Duchamp afirma que el arte está en el sujeto que lo contempla, y que no son los pintores sino los espectadores quienes hacen los cuadros. Ibañez Langlois rebate ese planteamiento argumentando que «en primer lugar la belleza es una propiedad del objeto mismo. La objetividad de la obra de arte permanece en su ser propio como punto de referencia que se sustenta a sí misma... Pero también hay que afirmar que la belleza no es subjetiva ni objetiva, sino que es ambas cosas a la vez».[74]

En el plano estético, también se opera un cambio de planteamientos: ya no se busca representar la realidad de las cosas, la perfección anatómica, los matices de la luz y de las sombras, el realismo de la naturaleza, etcétera; los artistas quieren librarse de representar lo que existe ante nuestros ojos y se atreven a plasmar las imágenes mentales que parecen alojarse en nuestra conciencia, y las energías, emociones, tensiones y sentimientos que bullen por el cuerpo y el cerebro. Se llega a superar la dependencia del sentido de la vista como origen de lo que se representa y, así, surge la abstracción que impregna el arte contemporáneo. «La pintura abstracta permite la presentación de un contenido sin los límites de la representación en imágenes».[75]

En el campo de la arquitectura han surgido materiales nuevos y técnicas constructivas que permiten proyectar espacios más amplios, con un delicado manejo de la luz natural y artificial, logrando soluciones muy diferentes a las del pasado. Esa concurrencia de factores aporta una nueva riqueza de opciones al arte sacro, que serán válidas siempre que se respeten ciertas "reglas del juego" como son mantener la trascendencia y evitar los criterios subjetivos que algunos artistas pretenden imponer a los demás, porque el arte sacro debe resultar comprensible y constituir un estímulo atractivo para todos.

A lo largo de los siglos se ha planteado en numerosas ocasiones el dilema tradición *versus* modernidad. En esta disyuntiva se presenta una especial dificultad para el arte religioso contemporáneo, porque el planteamiento racionalista, que subyace en la base del movimiento moderno, propone *partir de cero,* desechando todo lo anterior. Ese enfoque no lo puede compartir la Iglesia católica porque su fundamento es Jesucristo, "que es el mismo ayer, hoy y siempre" (Heb 13, 8). En consecuencia, la Iglesia no puede prescindir de la tradición, porque sería renunciar a su origen y fundamento. Además, a lo largo de veinte siglos la Iglesia ha aportado obras de arte maravillosas; probablemente las mejores que el espíritu humano haya plasmado, y sería una locura prescindir de ellas. En cambio, la Iglesia puede y debe aceptar y utilizar el lenguaje arquitectónico contemporáneo para la edificación de templos, que es lo que se está haciendo, sin mucho éxito, por cierto, pero debe adaptarlo a sus necesidades específicas.

Maurizio Bergamo y Mattia del Prete afirman que «el lenguaje del Movimiento Moderno, siendo autorreferencial y no figurativo, tampoco ha permitido expresar contenidos simbólicos ajenos a él mismo, como los del sacramento, y ha contribuido a la destrucción del significado del espacio de la iglesia. Esto no excluye que ciertos proyectos y realizaciones representen objetos arquitectónicos de altísimo nivel formal o que ofrezcan soluciones de lo más interesante en lo referente a aspectos específicos, tales como la luz, la sacralidad del ambiente, las soluciones estructurales, la invención de algunos simbolismos, etc.; lo que a nosotros nos interesa es si existe en estas arquitecturas una respuesta válida y significante al interrogante planteado por la institución-Iglesia… para experimentar a través del rito el encuentro con Dios. Las soluciones simbólicas propuestas para la envoltura también prescinden con gran frecuencia de una referencia a los contenidos litúrgicos cristianos… o bien se enorgullecen explícitamente de haber superado la cerrada y limitada concepción cristiana de la iglesia»[76]

«Como expresión cultural, la arquitectura está insertada en los valores de su tiempo: los edificios comunican valores que encarna y propugna la sociedad».[77] Considero que actualmente se ha establecido un consenso en que el arte religioso actual no puede ser un *revival* del pasado; aunque nos debe interesar mucho aprender de la experiencia y éxitos de nuestros predecesores, para aplicarlos a las soluciones propias del momento actual. Schloeder propone «recuperar una concepción trascendente, en contraste con el enfoque horizontal y empático de la liturgia modernista y la arquitectura contemporánea».[78] Este diagnóstico me parece correcto; también que defienda ideas como tradición, lenguaje simbólico, la utilización de elementos de arquitectura clásica, la planta cruciforme que simboliza la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo…, y que "el edificio debe ser al mismo tiempo moderno y tradicional"; pero no comparto que sugiera renunciar al lenguaje arquitectónico contemporáneo. Es preciso integrar el arte religioso en la cultura de nuestra época, porque no podemos evadirnos del mundo en que vivimos. Ese es otro de los objetivos de la Fundación Ara.

Y, aunque nos causen admiración los maravillosos iconos y el arte religioso que ha realizado la Iglesia de Oriente, nos corresponde desarrollar las corrientes artísticas propias de Occidente, que es nuestra cultura. El profundo sentido espiritual que entraña la pintura de iconos puede ayudar a introducirnos en ámbitos de interioridad, que contribuyan a percibir el resplandor del misterio divino. Pero debe integrarse de un modo armónico. La persistencia de Rupnik insertando iconos en edificios que tienen otros estilos -por ejemplo, en el santuario de Lourdes- resulta desacertada: distorsiona los proyectos en los que interviene, sin respetar su identidad. Aunque aprecio la brillantez del colorido y la soltura de la composición de sus mosaicos, los rostros de sus imágenes son toscos y no ayudan a rezar.

La Iglesia recomienda la noble sencillez en el arte sacro.[79] Pero sencillez es un concepto muy amplio. Estoy de acuerdo con Gabriel Insausti cuando afirma que «resulta erróneo identificar el *vacío* y la *espiritualidad*. Quizás sea así en los planteamientos filosóficos de origen hinduista, pero no para un cristiano…, cuestión diferente es la *simplicidad* como reacción al barroquismo, por convicciones minimalistas u otras razones».[80] En cualquier caso, el proceso de simplificación minimalista nunca puede eliminar los contenidos de la fe, porque supondría despojar de contenido al arte cristiano. Ciro Lomonte

señala que «el lenguaje minimalista utilizado responde a ideologías que, de hecho, son contrarias a los principios del arte clásico respetados hasta el Siglo de las Luces. Los artistas contemporáneos pretenden "reeducar" a la gente en un espiritualismo anticatólico… [creando] un paisaje de no-lugares, repletos de no-arte, destinados a no-personas».[81] Puede parecer una afirmación radical, pero es cierto que el planteamiento de fondo del minimalismo es el de una filosofía hinduista que, llevada al extremo, refleja un vacío que no es aplicable a la arquitectura sacra cristiana; entre otras cuestiones, al minimalismo le resulta difícil manifestar la alegría y los contenidos de la fe. Si el arte cristiano debe transmitir una gran riqueza de contenidos, el vacío no resulta una herramienta adecuada para ello. Cuestión diferente, como señala Insausti, es buscar la simplicidad y la sencillez, que la Iglesia recomienda; pero el llamado "vacío sagrado" es, a mi modo de ver, un vacío que no conduce al encuentro con Dios –*mistagogía*-.

El templo cristiano debe transmitir la "sensación de la acogida en el propio hogar", y, por tanto, de alegría. La frialdad que encontramos en algunas iglesias se podría denominar también "ausencia de encanto". No sólo vemos vacío, también ausencia emocional, falta de interés y de atractivo. El concepto *"tener encanto"* es interesante, porque implica equilibrio, armonía, orden y belleza. El encanto genera emoción, y en el arte religioso nos ayuda a elevar el espíritu hacia la grandeza de Dios. En mi opinión, la carencia de encanto en muchas obras de arte contemporáneo es consecuencia de un racionalismo átono; y en el caso concreto de las iglesias, junto con el racionalismo sin emoción, resalta la ausencia de los contenidos propios de la espiritualidad cristiana, debida en gran parte a influencias minimalistas.

En el templo cristiano resulta imprescindible la dimensión trascendente: ser signo y símbolo de las realidades celestiales. Pero la arquitectura no puede remitirnos más allá de sí misma; sólo nos conduce a Dios si incorpora imágenes sagradas, que contribuyen a introducirnos en una dimensión sobrenatural; se trata de una experiencia de siglos. Pienso que en la arquitectura religiosa contemporánea hay un error de planteamiento, que origina los resultados insatisfactorios que hemos comentado. Considero que el lenguaje arquitectónico, por sí solo, resulta insuficiente para expresar la riqueza de contenidos que debería transmitir el arte sacro; por tanto, para conseguir la espiritualidad que debe ofrecer el templo, se hace necesario integrar todas las artes plásticas en el proyecto arquitectónico, de modo que pintores, escultores, orfebres, etc., colaboren en el proyecto bajo la dirección del arquitecto, que desempeñará un papel similar al del director de orquesta. El proyecto arquitectónico debe dar una respuesta unitaria, integrando las aportaciones de otras artes plásticas. No como añadidos, sino formando parte integral del proyecto. Esta es la experiencia de épocas anteriores. El error de planteamiento al que me refería es que, al desintegrarse la unidad de las diferentes artes plásticas y pretender resolverlo todo únicamente con el proyecto arquitectónico, se llega, como mucho, a lo que Le Corbusier consigue en Ronchamp. Mientras no se produzca esa integración de las artes plásticas en la arquitectura religiosa contemporánea, el resultado será pobre e insuficiente.

Se podría objetar que existen espacios, como los Santos Lugares -aunque también hay otros, considero que los Santos Lugares son los más significativos- donde se percibe una vibración especial. En mi opinión, esto no es efecto de la arquitectura, sino que, de algún modo, permanece allí la presencia de Jesucristo y otras personas santas, que en un determinado momento histórico habitaron en aquel lugar; esa presencia inefable es la que aporta la dimensión trascendente. Algo similar ocurre con la presencia eucarística. El cardenal Ratzinger escribe: «¿Qué persona creyente no lo ha experimentado? Una iglesia sin presencia eucarística está en cierto modo muerta, aunque invite a la oración. Sin embargo, una iglesia en la que arde sin cesar la lámpara junto al sagrario, está siempre viva, es siempre algo más que un simple edificio de piedra: en ella está siempre el Señor que me espera, que me llama, que quiere hacer "eucarística" mi propia persona».[82]

Es absolutamente necesario que existan imágenes sagradas, y no deben ser tratadas como motivos decorativos. Esas imágenes ayudan a configurar el espacio religioso, transformando un espacio

abstracto en un ámbito que eleva nuestro espíritu y lo introduce en los misterios de la fe. El Catecismo señala que «están destinadas a despertar y alimentar nuestra fe en el misterio de Cristo» (CIC 1192). Schloeder indica que «la imagen gráfica juega un papel muy importante en la sociedad moderna, aunque paralelamente se haya desarrollado en la Iglesia una profunda resistencia a las imágenes sagradas, una suerte de iconofobia».[83] Las imágenes sagradas nutren la fe y la piedad, reconducen a Cristo y contribuyen al esplendor de la Liturgia. El diseño arquitectónico de los templos debe integrar la imaginería de un modo armónico y razonable. «La historia ha demostrado que la iconoclastia propicia la incomunicabilidad con el misterio de Dios y el empobrecimiento de la experiencia cultual, porque el hombre sensible solo puede comunicarse a través del mundo sensible».[84] La ausencia de imágenes origina sensación de vacío y frialdad; lo que es tan nefasto como su contrario. Y, en la práctica, está comprobado que si faltan las imágenes, los usuarios encuentran el templo inhóspito y lo rellenan de cualquier modo. Asimismo «es cierto que el arte sacro forma o deforma la sensibilidad litúrgica de una comunidad y afecta a su visión de Dios y del mundo».[85] Por eso, la integración de imágenes religiosas en el proyecto arquitectónico, también debe contribuir a educar a los fieles en la belleza.

Se hace necesario abordar el dilema figuración/abstracción. Aunque habitualmente nos planteamos el arte abstracto como opuesto al figurativo, todo el simbolismo religioso se expresa en un lenguaje abstracto, porque no aspira a representar objetos que pertenecen al mundo material. Héctor Devesa señala que «la abstracción no excluye la figuración, puesto que el arte es siempre un acto de abstracción».[86] El descubrimiento del arte abstracto creó un despliegue de posibilidades que cautivó a muchos. La liberación de ataduras formales permitía conseguir una expresión más libre, y admitía que el maravilloso mundo del sentimiento y el instinto del artista primasen sobre la razón. Existía una mayor libertad de colores y formas, el artista podía expresar con mayor facilidad su mundo interior y sus emociones, sin las ataduras que impone el lenguaje figurativo. El arte se volvía más ágil, en ocasiones inspirándose en el mundo musical o de la poesía, se hacía más sugerente. En definitiva, libre.

En el ámbito religioso, el arte abstracto resulta por una parte necesario (simbolismo) y por otra parte limitado, porque no es capaz de transmitir algunos contenidos de la fe. Puede mover al sentimiento, conducir a una fe espiritualista y emocional, pero es incapaz de expresar algunos misterios de la fe. Un ejemplo interesante es la basílica de Aránzazu en Guipúzcoa. Lucio Muñoz realizó allí un gran mural abstracto en el que plasma la grandiosidad de la obra del Creador. Pienso que ese es el límite al que se puede llegar con la sola abstracción. En consecuencia, el lenguaje figurativo resulta necesario – al menos en parte- para abordar algunos misterios de la fe cristiana. Para transmitir la existencia de la Trinidad, la Encarnación de Jesucristo, su misterio Pascual y retorno al Padre es necesaria la vía figurativa. Mediante la abstracción no se puede conseguir expresar -al menos no lo he visto en pintura; en música sí- la grandeza y el amor de un Dios que es a la vez trascendente y cercano a nosotros. Pero mientras la abstracción nos ayuda a trascender, la figuración no; por eso, el arte religioso debería integrarlas.

Gaudí, que en la Sagrada Familia ha dejado una huella perdurable, afirmaba que «el trabajo es fruto de la colaboración, y esta sólo puede basarse en el amor. El arquitecto ha de saber aprovechar lo que pueden hacer los operarios, aprovechando la cualidad preeminente de cada uno. Esto es: integrar, sumar todos los esfuerzos y tenderles la mano cuando se encallen. No hay nadie inútil, todos sirven, aunque no todos con la misma capacidad; la cuestión es encontrar para qué sirve cada uno». Y añadía: «El que construye y tiene que hacer cosas, que no critique las obras de los otros, sino que haga y dirija la crítica contra sus propias obras para depurarlas y mejorarlas».[87] Vivimos en una sociedad individualista y sabemos que el progreso se basa en trabajar en equipo, para mejorar lo que otros han alcanzado, pero quizás aprovechamos poco el ejemplo y los conocimientos que nos transmiten los demás.

Federico Delclaux señala: «Entre las contradicciones internas que se dan en el trabajo creador, hay una que puede llevar hacia la inacción o hacia el activismo estéril. Se trata de esa aparente oposición que

existe entre la aventura personal -esfuerzo y hallazgo propios- y el seguir las indicaciones de aquellos que han precedido. Por una parte, si se pierde la espontaneidad, la alegría y el sello personal, la obra será copia, falsa perfección. Pero también hay que tener en cuenta que, si no se atiende a lo que han dicho quienes han desvelado algo del misterio del arte, puede ocurrir que todo quede en nada. No es suficiente con decir: "Mi fuerza abrirá mi propia senda", porque basta con alzar la mirada para descubrir mucho esfuerzo inútil».[88] En otras épocas existían unas normas directrices que regían la actividad de los artistas. Hoy no hay leyes para el arte; la directriz es la libertad individual. Esta situación sólo puede ser positiva si permanecemos abiertos a la búsqueda de la Verdad y, por tanto, que el proceso creativo no suponga autorreferenciar todo con planteamientos subjetivistas y arbitrarios. La Libertad no es el valor absoluto ni el bien supremo; la Verdad y el Bien son superiores.

«Nuestra cultura occidental ha valorado tradicionalmente la libertad como algo central: un don de Dios que fundamenta la ética de la conducta humana. Toda la creación natural procede, junto con la razón y la belleza -que es amor-, de la libertad. La modernidad radicaliza la idea de libertad, la encumbra convirtiéndola en algo absoluto... Establece la libertad del yo como primer principio, y la hace dominadora. El mundo será desde entonces solo un conjunto de instrumentos que están subordinados al interés de la libertad. A continuación, la posmodernidad infiere una plasticidad sin límite a la libertad de los hombres y de las cosas, aunque para ello haya que sobrepasar sus límites naturales. La idea de que las obras de arte se hacen violando las instituciones, sus reglas, sus protocolos y sus autoridades llegó a convertirse en una convención: una auténtica práctica confinada por reglas. Pero, cuando ya no quedaron más reglas que violar, a base de su destrucción sistemática, la libertad comenzó su tarea autodestructiva.... la libertad que reclamaban los artistas modernos era liberarse de coacciones, de imposiciones y de normas, pero acabó siendo una libertad negativa, anti-todo, dispuesta a explorar todas las posibilidades, incluidas las facetas más perversas del hombre...

La libertad entendida como ausencia de límites, en el fondo, se sostiene por un razonamiento de enorme sencillez: si algo es posible hacerlo, y deseo hacerlo, entonces puedo hacerlo. Se comprende que esa postura impida aceptar unos límites morales, pues se ven como una intromisión en el espacio vital personal. El hombre sabe que no hace todo lo que podría hacer -podría destruir el mundo y destruirse a sí mismo-, porque, frente a ese «poder hacer», está lo que conviene hacer o lo que debemos hacer. De ahí que la modernidad, pese a sus grandes logros, se rija por un concepto falso e ineficaz, caricatura de la libertad, cuando decreta una libertad sin límites. C. S. Lewis, en su libro *La abolición del hombre*, decía: "el poder del hombre para hacer lo que le plazca significa el poder de algunos hombres para hacer de otros lo que les plazca"...

Es la misma historia del arte la que nos advierte de que una libertad absolutamente desligada de todo es una quimera. Y lo sabe cualquier artista que elige entre distintas opciones: cada elección que hace supone negar otras muchas posibilidades; y además, su originalidad, su autenticidad y su lenguaje personal debe mucho a quienes le precedieron... No se pierde la libertad por aceptar esos límites. El artista que decide sobrepasarlos acaba creyéndose una especie de redentor del género humano situado por encima del bien y del mal... El patrimonio precioso e irrenunciable del arte es la libertad. Pero hoy, pasado casi un siglo, esa ideología artística libertaria que se sitúa por encima de la verdad y que induce a hacer todo aquello que dicte el propio yo del artista se encuentra en revisión. Con ese planteamiento se llegó a un sinfín de callejones sin salida, caminos infecundos y desafortunados, opuestos a la verdad que han acabado por desvelar la falsedad de lo que prometían. "No se puede ser artista sin leyes ni límites. El arte es limitación... entrar en el terreno de los hechos es entrar en el mundo de los límites. Las cosas pueden emanciparse de ciertas leyes accidentales o pegadizas, pero no pueden escapar a las leyes de su naturaleza. El artista ama sus limitaciones; ellas integran la calidad de su obra"[Chesterton]»[89]

El *ruido* es otra característica de nuestra sociedad. Hay un devenir incesante de valores, se agolpan multitud de propuestas heterogéneas que pueden desconcertarnos; y con la inteligencia artificial este panorama de confusión puede dilatarse hasta límites insospechados. El artista necesita el *silencio creador,* aislarse para buscar su espacio interior, en el que puede y debe componer su obra con serenidad y rigor. Federico Delclaux también afirma: «El esfuerzo continuado es necesario en el quehacer artístico. En el silencio contemplativo nace el fuego, y para dominar ese fuego es necesario mucho esfuerzo. Es necesario saber aquietar la impaciencia y el temor al paso del tiempo. Aprender -con dolor, quizá - que solamente cuando la semilla escondida en tierra ha germinado y prendido y tiene numerosas raíces, entonces brota una pequeña planta… Aquel que se dedica al arte ha de hacer suyo el lento movimiento constante de lo natural, y la espera del campesino y del pastor, afanados cada día».[90] El proceso creativo requiere «someterse a duras pruebas de *ascesis,* de costoso ascenso por empinadas crestas que, sin embargo, lo conducirán a paisajes sobrecogedores, a experiencias de *éxtasis*. En esta *salida de sí mismo,* el hombre aprenderá a habitar el mundo de una manera diferente, luminosa, verdadera».[91]

Por definición, las élites artísticas son minoritarias; fruto de ello es que el arte actual resulta un "arte vedado" y de difícil comprensión para el gran público. Antonio Puerta López-Cózar comparte una experiencia que detectamos a menudo: «Creo que el principal problema es que la gente no entiende el arte contemporáneo, y entender es básico, conocer el significado de lo que está representado. Comprender ya es otra historia, tiene que ver con el corazón, con hacer tuyo lo que estás viendo… La obra nunca te habla inmediatamente, porque muchas veces tienen numerosas capas de significados superpuestas una sobre otra. Hay que tomarse tiempo, detenerse ante ella y observar. El problema es que a veces no sabemos observar, vemos una pieza de la que creemos que no entendemos nada y eso nos aleja».[92] Esto no debería ocurrir respecto al arte religioso, porque, al ser vehículo de la fe, el artista debe conseguir que su trabajo encuentre una significación perceptible y puedan compartirlo todos. Es posible que, como «los fines que persigue el arte actual, difieren de los que ensalzaban el ideal clásico de la belleza»,[93] tengamos que afrontar una ardua tarea de integración entre los lenguajes y contenidos de la cultura de nuestra época y los parámetros del arte cristiano.

En algunos ambientes artísticos es frecuente encontrar afirmaciones de que en nuestra "sociedad líquida", de cambios vertiginosos, todo es cuestionable y relativo. Por el contrario, el arte religioso debe ser afirmación de la verdad perenne: «Yo soy la Verdad» (cfr Jn 14,6). El arte sacro es una manifestación de la Verdad de Dios, aunque ese Misterio nos resulta inalcanzable. Esta realidad choca con la duda que se proclama en ciertos ambientes culturales y «contra la indiferencia que nos inyecta la sociedad».[94]

En la historia del arte religioso encontramos diversos aspectos esenciales y que apenas se valoran en la actualidad. Pienso que su revitalización puede resultar muy beneficiosa para volver a impulsar el arte sacro. En primer lugar debemos recuperar el valor del simbolismo, un lenguaje muy rico y sutil que ayuda a la comprensión del Misterio cristiano; porque, como la fe supera a la razón humana, el lenguaje racionalista es incapaz de expresar el Misterio sagrado. Mediante la riqueza del lenguaje simbólico resultan más asequibles a nuestra inteligencia las realidades trascendentes y por ello la Iglesia lo ha utilizado desde sus comienzos, habiéndose comprobado la validez y eficacia de ese lenguaje.

La luz y el fuego son símbolos de Dios. Cristo es la luz que brilla en las tinieblas. «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1,4-5). La Liturgia de la Vigilia Pascual manifiesta que Cristo, con su Resurrección, hace que la oscuridad del sepulcro estalle con una luz nueva; por eso canta por tres veces: "luz de Cristo". Y en los antiguos edificios del culto cristiano había multitud de lámparas, de modo que algunos testimonios indican que los cirios producían una luz *"quasi infinita",* porque ingresar en un espacio litúrgico equivale a adentrarse *in lucem sanctam.* [95]

Se puede afirmar que todo el arte religioso es una maravillosa lección sobre el empleo de la luz. La inmaterialidad de la luz nos puede ayudar a materializar el misterio de lo divino y a crear un ambiente de contemplación. Juan Pablo II lo explica así: La luz «es una irradiación de su misterio trascendente, pero que se comunica a la humanidad. En efecto, la luz está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; sin embargo, nos envuelve, ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, inasible pero está a nuestro lado, más aún, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Al revelarse su majestad, responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre da voz. La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo dentro de la espiritualidad personal, sino también en atrevidas creaciones artísticas… En aquellos auténticos espacios sagrados el tiempo contiene en sí un signo de la eternidad».[96]

«La vidriera ha funcionado siempre como un instrumento transformador del espacio para trascender el interior arquitectónico e introducir referencias visuales con significados acordes con la sensibilidad del momento».[97] En la época del gótico descubrieron que el cerramiento de los templos mediante vidrieras transformaba la luz natural, generando un espacio interior, sagrado, diferenciado del mundo exterior, que resultaba particularmente adecuado para los monasterios. La variación de la luz y del color que generan las vidrieras transforma y enriquece el espacio del templo, aportando infinidad de matices. También el claroscuro entre la luz y la sombra acentúa el carácter de misterio, y la Iglesia lo ha utilizado magistralmente para acercarnos a la trascendencia del Misterio de Dios. Esta solución puede seguir siendo válida en la época actual.

La luz hace posible la vida. Y mediante la luz, lo invisible se nos hace visible. La luz modela el espacio y nos conecta con la emoción. El brillo de la luz atrae. Es el bien que se difunde irradiando. La luz tiene una gran riqueza de contenidos en el simbolismo religioso. Romano Guardini escribe: «Cuando queremos expresar nuestra vida, hacer que nuestra vida se exprese en algún lugar, encendemos una llama. Debe arder allí donde nosotros deberíamos estar siempre, ante el altar. Allí deberíamos estar, en adoración, recogidos, condensando todo lo que hay vivo dentro de nosotros, de luminoso y fuerte, en sagrada y misteriosa presencia. Dios dirigiéndose a nosotros, y nosotros a Dios. Así debería ser. Esto lo confesamos cuando encendemos una llama como imagen y expresión de nuestra vida».[98]

La arquitectura actual sabe manejar muy bien la luz, tanto la natural como la artificial, que resultaba desconocida en épocas anteriores. Sin embargo, salvo algunos casos puntuales, hemos perdido la utilización del color. La ausencia de color supone una pérdida de expresividad. El color aporta variedad y riqueza de matices que combaten la monotonía gris. La naturaleza está llena de color, que es manifestación de alegría; y precisamente la desaparición del color es la señal de que muere la vida. Para Gaudí, la monocromía es innatural;[99] y Matisse afirma que el color es un medio de expresión íntimo, que surgirá directamente de los sentimientos y debe emplearse con discernimiento, sin mentirse a sí mismo.100 «A lo largo de la historia los artistas han utilizado los colores como una poderosa herramienta para transmitir emociones. Seleccionando y combinando cuidadosamente las tonalidades…, supieron crear experiencias visuales que resuenan en el espectador a nivel emocional».101 La utilización del color ha sido una característica permanente en la historia del arte sacro y convendría volver a recuperarla.

5. ALGUNAS CONCLUSIONES

La arquitectura actual alcanza un nivel altísimo; no solo tecnológico, también en su expresividad y en la grandiosidad de sus espacios. Sin embargo, el arte sacro, no ha sabido dar la respuesta adecuada. La mayor dificultad que afronta el arte religioso contemporáneo –pienso- es conseguir expresar el sentido de trascendencia del espacio sagrado. Una iglesia no es un edificio más, y en muchos casos lo parece. Probablemente se debe a que al realizar arte sacro no se adopta el enfoque adecuado, tal como hemos

señalado antes, pues muchas soluciones arquitectónicas actuales no pretenden mover a la piedad, ni plantear el asombro ante lo divino, ni reflejan la presencia de Dios en el templo. Sería necesario transmitir, de un modo evidente, que el templo es la casa de Dios, donde está realmente presente y que, por tanto, es lugar de oración y de paz; que la comunión de los santos –la unión de todos los cristianos del cielo y la tierra- está fundamentada en nuestra unión con el mismo Dios. Esto es lo que hace diferente a un templo de cualquier otro edificio. Es también *domus ecclesiae,* la casa donde se reúne la comunidad cristiana -el pueblo de Dios- para celebrar acciones sagradas: la Eucaristía y otros Sacramentos, y, por lo tanto, debe favorecer el desarrollo de las ceremonias litúrgicas que allí se realizan. Por ello, indica Guardini, el arquitecto debería «lograr el equilibrio entre la verdad y la belleza, y entre la funcionalidad y la forma, de tal manera que la forma esté al servicio de la finalidad de la liturgia y la belleza se convierta en el rostro visible de la verdad».[102] Y no podemos olvidar que «el espacio sagrado abarca la totalidad del templo: el espacio celebrativo de la Eucaristía, la reserva eucarística, la pila bautismal, los confesonarios, incluso los espacios de evangelización (catequesis y atención a los pobres), porque para la Iglesia tan sagrado es evangelizar y servir como celebrar».[103]

El arte religioso contemporáneo debe recuperar el lenguaje de la verticalidad espiritual y crear soluciones integradoras en las que se manifieste la unción del espacio sagrado, trascendente, tanto en una pequeña capilla como en una catedral. Requiere manifestar el Misterio que se realiza sobre el altar, y la inabarcable realidad de la reserva eucarística, el simbolismo, recuperar la iconografía para ayudar a trascender al espíritu, etc. No es un problema de estilo sino de concepto. La historia del arte cristiano demuestra que la Iglesia no ha necesitado crear un estilo propio; por el contrario, ha sabido aprovechar los diferentes estilos de cada época para transmitir el mensaje cristiano. Benedicto XVI, señalaba que «la *vía pulchritudinis*, el camino de la belleza, es una senda privilegiada y fascinante para acercarse al Misterio de Dios»[104] y, en la alocución de Castelgandolfo, afirma que, al descubrirla, «sentís una íntima emoción, una sensación de alegría, percibís claramente que frente a vosotros no hay solamente materia, un trozo de mármol o de bronce, un lienzo pintado, un conjunto de letras o un cúmulo de sonidos, sino algo más grande, algo que nos "habla", capaz de tocar el corazón, de comunicar un mensaje, de elevar el ánimo».[105] Ese es el reto: evitar la frialdad y elevar el ánimo de lo sensible a lo eterno, al amor. «El arte nos muestra un camino -mejor, un atajo- para acceder a la verdad más íntima de las cosas».[106]

La Fundación Ara quiere aportar su *granito de arena*, mediante proyectos virtuales, para dinamizar el arte religioso contemporáneo, un foro en el que caben diferentes propuestas estéticas. Somos conscientes de que habrá que realizar múltiples intentos para recuperar la grandeza del arte sacro que nos ha precedido, pero vale la pena hacer el esfuerzo de intentarlo. Al recibir el Premio Nacional de Arquitectura de 2020, Alberto Campo Baeza señalaba: «Tenemos el regalo los arquitectos de tener la labor más hermosa del mundo. Soñamos y podemos, si queremos, construir nuestros sueños. Hacer que nuestros sueños sean realidad. Construir los sueños para hacer felices a los demás. Hacer un mundo mucho más feliz. Esa es la labor que tenemos que hacer los arquitectos».[107]

Hacer realidad los sueños de arte sacro, construir virtualmente esos anhelos de muchos arquitectos es el objetivo que nos hemos planteado en la Fundación; porque estamos convencidos de que, al difundirlos, contribuiremos al esplendor del arte contemporáneo, para construir así un mundo en el que la Belleza nos transporte hasta la Verdad y nos añada felicidad.

Aunque he centrado la atención en el campo de la arquitectura, también la pintura y la escultura tienen una misión esencial para la transmisión de la fe, aportando la belleza y la espiritualidad de las imágenes sagradas, que mueven a la devoción. Gombrich afirmaba: «¿puede haber algo más místico que

los ángeles, tan tangibles, tan vívidos de Veronesse?».[108] En la Fundación nos gustaría abordar todas las facetas del arte religioso, incluso la música y la poesía. Estamos abiertos a las sugerencias y las colaboraciones de todos cuantos compartan ese empeño y las agradecemos de antemano.

Joaquín González-Miranda, arquitecto.
Secretario del Patronato de la Fundación Ara.

Pamplona, 24 de septiembre de 2025

---

[1] Dante Alighieri, *La Monarquía,* Libro I, VIII
[2] Dante Alighieri, *Divina Comedia,* Canto I
[3] Jean Corbon, *Liturgia Fontal,* Ediciones Palabra, Madrid 2009, p. 229
[4] Catecismo de la Iglesia Católica, 2502
[5] Benedicto XVI, Audiencia 31 agosto 2011
[6] Presentación de la Fundación Ara
[7] Igor Strawinsky, *Lección en la Cátedra de Poética Charles Eliot Norton* de la Universidad de Harvard.
[8] Constitución apostólica *Sacrosanctum Concilium,* n.º 8.
[9] Instrucción General del Misal Romano, IGMR, 288
[10] Prefacio de Navidad.
[11] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia, una introducción,* p. 145, 138 y 154
[12] Benedicto XVI, Audiencia 3 octubre 2007
[13] *Anthologhion bizantino*
[14] Francisco, Encíclica *Lumen Fidei,* 22
[15] Joseph Ratzinger, *Contemplación de la Belleza,* Humanitas n. 29
[16] cfr. Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, n. 12
[17] Urs von Balthasar, *Gloria / 1*
[18] Benedicto XVI, Audiencia 31 agosto 2011
[19] Joseph Ratzinger, *Informe sobre la fe,* BAC, Madrid 1985, p.143
[20] Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, n.º 13
[21] Benedicto XVI, Audiencia 31 agosto 2011
[22] cfr. Constitución apostólica *Sacrosanctum Concilium,* n.º 33
[23] Catecismo de la Iglesia Católica, 1181
[24] Ciro Lomonte. *Progetto di Chiesa di S. Maria di Altofonte*
[25] Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 123
[26] Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 122
[27] Jean Corbon, *Liturgia Fontal*, Ediciones Palabra, Madrid 2009, pg. 190
[28] cfr. Entrevista al P. Henrich Pffeifer, web Archidiócesis Guadalajara (México), Agosto 2011
[29] Benedicto XVI, *Obras completas XI, Teología de la Liturgia*, 74-75
[30] Conferencia Episcopal Italiana, *Nota pastoral sobre los proyectos de las nuevas iglesias* (1993) n.º 6
[31] Romano Guardini, *El espíritu de la liturgia*, Barcelona 1963.
[32] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 42
[33] Benedicto XVI, Homilía en Notre Dame de París, 12 septiembre 2008
[34] Radoslaw Kimsza, *Teología en la Arquitectura y en el arte sacro*, Revista *Przestrzeń i Forma*, 56-2023, 499-512
[35] J. Janeras, citado por Félix M.ª Arocena, *En el corazón de la Liturgia*, Introducción
[36] Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 41
[37] José Ramón Villar, *La Asamblea Litúrgica,* SchTh 39 (2007-1) p. 141; *cfr Lumen Gentium,* cap. 2
[38] cfr. Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 124
[39] Joseph Ratzinger, *La fiesta de la fe,* 96
[40] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 55
[41] Joseph Ratzinger, *La fiesta de la fe,* 187
[42] Rodolfo Papa. *Reflexiones sobre la arquitectura sagrada. Architettura e Teologia nella construzione di chiese*, p.60
[43] Joseph Ratzinger, Presentación de la *Introducción al espíritu de la liturgia*, edición coreana.

[44] Benedicto XVI, *Luz del mundo*, 118

[45] Joseph Ratzinger, *Respuesta del cardenal Joseph Ratzinger a Pere Farnés*, *Phase* 252 (2002) 510-511

[46] Benedicto XVI, Prefacio en J. Ratzinger, Obras completas, vol. XI, *Teología de la liturgia*, XV

[47] Joseph Ratzinger, *La fiesta de la fe.* 86-89

[48] Jean Corbon, *Liturgia Fontal,* Capítulo XIV, pg. 187- 193

[49] Arturo Cattaneo, *Las exigencias teológicas en la construcción de las iglesias*, p.11

[50] Concilio Vaticano II. *Constitución Sacrosanctum Concilium*, n.º 7

[51] Francisco, *Mensaje a los participantes en el Simposio "Sacrosanctum Concilium. Gratitud y compromiso por un gran movimiento eclesial"*, 18.II.2014.

[52] Juan Pablo II, *Mensaje a la Asamblea plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, 21.IX.2001.

[53] Benedicto XVI, Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz, 9-IX-2007.

[54] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1136 y 1140

[55] Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, n.º 24

[56] Jean Corbon, *Liturgia Fontal*, Capítulo XIV, pg. 187- 193

[57] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 42

[58] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 157

[59] Fernando López Arias, *Proyectar el espacio sagrado,* Eunsa 2018, p. 26-27

[60] Romano Guardini, *La Messe,* p.63

[61] Félix María Arocena, *El altar cristiano,* pg 22 y 17

[62] Jean Corbon, *Liturgia Fontal*, p 190-192

[63] cfr, J. A. Abad, *La celebración del misterio cristiano.*

[64] «Suba ante ti mi oración como una ofrenda de incienso, se eleven mis manos hacia ti como sacrificio vespertino» (Sal 141). El incienso sube hacia lo alto y desprende buen olor. Esa ofrenda es oración de adoración (cfr. Reyes Magos).

[65] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 86-87

[66] cfr, J. A. Abad, *La celebración del misterio cristiano.*

[67] Félix María Arocena, *El altar cristiano,* pg 22 y 17

[68] Pablo VI, Carta encíclica *Mysterium fidei*

[69] Fernando López Arias, *Proyectar el espacio sagrado,* Eunsa, 263

[70] Cfr. Ciro Lomonte, *Un alma para el espacio litúrgico,* Revista Humanitas, Chile, n.º 36, octubre 2004

[71] Heidegger en *Origen de la obra de arte* dice que la obra «descansa exclusivamente en sí misma».

[72] José Miguel Ibáñez Langlois, *La Belleza y el Arte,* Rialp 2023, 90

[73] Arthur C. Danto, *El abuso de la belleza,* Paidós estética, 2024, 86, 102 y 104

[74] cfr. José Miguel Ibáñez Langlois, *La Belleza y el Arte,* Rialp 2023, 58-62

[75] Arthur C. Danto, *El abuso de la belleza,* Paidós estética, 2024, 220

[76] Maurizio Bergamo y Mattia del Prete, *Espacios celebrativos,* Ediciones Ega, p.20-21

[77] Steven J Schloeder, *Architecture in Communion;* la traducción es mía.

[78] cfr. Steven J Schloeder, *Architecture in Communion;* vid. presentación de Ciro Lomonte a la edición italiana.

[79] "En la ornamentación de la iglesia búsquese una noble sencillez más que la suntuosidad". IGMR 292

[80] cfr. Gabriel Insausti, *La Lira de Linos,* Ediciones Encuentro, 2021

[81] Ciro Lomonte, *Progetto di Chiesa di S. Maria di Altofonte.*

[82] Joseph Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia,* 113

[83] Steven J Schloeder, *Architecture in Communion;* la traducción es mía.

[84] R. González Cogul, Patrimonio cultural y liturgia de la Iglesia, *Nova et vetera,* 24 (2001), 195-196

[85] Aurelio G. Macías, *Arte y liturgia per viam pulchritudinis,* Academia Bellas Artes Valladolid, 29.mayo.2014

[86] Héctor Devesa, *Entrevista Foros 2025,* UIC, 209

[87] José Manuel Almuzara, *El arte de Gaudí,* Conferencia, XXXI Simposio Internacional Teología. Universidad de Navarra, 2010

[88] Federico Delclaux, *El silencio creador,* Ediciones Rialp 1987, 11-12

[89] Antonio Puerta López-Cózar, *Gafas para entender el arte moderno, de Manet a Bansky,* Encuentro 2023, 98-103

[90] Federico Delclaux, *El silencio creador,* Ediciones Rialp 1987, 17

[91] Íñigo Pírfano, *Ebrietas*, Encuentro 2012

[92] Antonio Puerta López-Cózar, *Entrevista en la revista Ars,* Enero 2024

[93] Antonio Puerta López-Cózar, *Gafas para entender el arte moderno, de Manet a Bansky,* Encuentro 2023, 12

[94] cfr. Ricardo Piñero, *Entrevista en El Debate,* 24 noviembre 2022

[95] cfr. Félix María Arocena, *El arte de celebrar la Eucaristía,* BAC, 2021, 85-86

[96] Juan Pablo II, Audiencia 15 de mayo de 2002

[97] Víctor Nieto Alcaide, *La vidriera española,* Editorial Nerea, 1998, 12

[98] Romano Guardini, *Signos sagrados,* Ed. Litúrgica, Barcelona 1957, 65-66

[99] cfr. Rainer Zerbst, *Antoni Gaudí*, Ed. Taschen, p. 203

[100] cfr. Henri Matisse, *Carta a H. Clifford*, el 14-II-1948

[101] Fr. Patrick van der Vorst, *Christian Art, Daily Gospel Reading and Art Reflection,* 4 de abril de 2024

[102] Romano Guardini, *El espíritu de la liturgia,* Barcelona 1963

[103] cfr. Jesús Higueras, *Foro Omnes* en la universidad ESIC, 16 mayo 2023

[104] Benedicto XVI. Audiencia 18 noviembre 2009

[105] Benedicto XVI, Audiencia 31 agosto 2011

[106] Iñigo Pírfano, *Ebrietas,* Encuentro 2012

[107] Alberto Campo Baeza, Acto de entrega del Premio Nacional de Arquitectura del año 2020

[108] Ernst H. Gombrich, *Reflections on the History of Art: Views and Reviews*, edit R. Woodfield, Oxford 1987, 188